

PABLO JIMÉNEZ GARCÍA

JOSÉ IGLESIAS BENÍTEZ: *Revelaciones*.  
Col. *abeZetario-Poesía*. Institución Cultural «El Brocense»  
Cáceres, 2007

---

La colección *abeZetario* de poesía se enriquece (y nos enriquece) con el poemario que hoy presentamos aquí y que constituye su trigésimo primer volumen ¡31 libros de poesía desde 2001! ¿No es algo parecido a un milagro?). Lo primero que hay que hacer es felicitar a la Diputación Provincial de Cáceres, a la Institución Cultural «El Brocense» y muy particularmente a la propia colección de poesía cuyo director y culpable de tan loca aventura se llama Teófilo González Porras. La originalidad del título, la enumeración de los volúmenes mediante las letras del alfabeto en orden inverso alternando mayúsculas y minúsculas, la periodicidad de las publicaciones y el cuidado diseño de los libros que invita a su lectura honran a su responsable. Había que decirlo y dicho queda.

Y ahora hablemos de poesía, de poetas y de este poeta cuya obra REVELACIONES hoy nos convoca.

La evolución de un poeta suele ser personal e intransferible. Pueden, no obstante, considerarse dos maneras de evolución: la de aquellos que indagan en cada libro nuevos modos de decir y la de los que, sin abandonar la cadencia en que aprendieron a soñar, recorren un arduo camino de perfección. Los primeros suelen abrir nuevos cauces que, precisamente por la novedad que representan, serán ocupados hasta el abuso por sus epígonos, convirtiendo en una convención más lo que al nacer pareció novedad; los segundos escalarán su calvario personal, sordos a los cantos de sirena de la moda, y no es fácil que tengan seguidores porque la perfección es una madrastra que rara vez sonríe. Para los primeros hay una palabra talismán: *originalidad* a la que todo proceso creativo debe vincularse so pena de ser considerado *tradicional* con lo que esa palabra conlleva de subestima. Los segundos respetan el oficio, la artesanía y la tradición en que se significaron sus mayores y cobran estatura volcando su pensamiento en la excelencia de la forma y de la lógica. Ninguna de ambas maneras confiere a sus

afectos superior rango sobre los otros. Son sólo dos caminos para conversar con el oculto. La calidad de cada poeta establecerá rangos y vanidades con independencia de la naturaleza de su odisea particular.

José Iglesias Benítez pertenece a la segunda manera de evolución; es hijo de la tradición y de la luz, la luz entendida como claridad, diafanidad intuitiva y expositiva. Quienes hemos asistido a las sucesivas entregas de este poeta reconocemos al instante el color de su palabra y la trama de su cadencia. Acaparó nuestra atención a finales de la década de los 80 con *EN ESTA LENTA SOLEDAD DEL DÍA*. Diez años más tarde, en 1998, ratificó las expectativas con *CLAMOR DE LA MEMORIA*, libro que a mi entender fija el timbre y textura poéticos de José Iglesias en un recuento de voces, nostalgias y homenajes con el denominador común de su Extremadura natal y una depuración notable de la expresión. Precisamente este libro, *CLAMOR DE LA MEMORIA*, se abre con un soneto-pórtico de José Miguel Santiago Castelo donde se traza un retrato, naturalmente lírico, de José Iglesias. Dice Santiago Castelo con exquisita precisión refiriéndose a nuestro poeta: *Ése que tiene la mirada franca/y el pecho hecho un altar de nieve y trigo,/que escribe y al hacerlo llora y canta...* Puntual retrato de José Iglesias en la palabra de otro insigne poeta extremeño. En 2005 alcanza la madurez con *RITUAL DE LA INOCENCIA* donde asistimos a una laica sacralización del desamor, profano ceremonial de encuentros y dejaciones que clausura, como en el teatro, un telón desolador.

Ahora, tras dos años de lucha interior, pensamiento en llamas y fértil silencio, reaparece con un nuevo poemario, *REVELACIONES*, donde nos desvela con nocturnidad y magisterio las fantasmagorías que han herido su mirada en este Madrid proteico de cada día, ciudad de la que nunca más saldrá el poeta, cualquiera que sea la frecuencia con que recurra y crea regresar a su tierra natal. El poeta sabe muy bien que no existe el regreso y que toda patria deviene secundaria desde el mismo momento en que la palabra toma posesión del poeta constituyéndose ella, la palabra, en única patria, en único asidero. Llama a su crónica *REVELACIONES*. Y eso son los poemas de este libro. Un poemario urbano enteramente traspasado de amor. Tres mensajeros, tres ángeles de la noche prologan con una revelación cada una de las tres geografías en que se divide la obra. Y un último heraldo *de ojos profundos como lagos de níquel* cancela el libro con una revelación final que es una apología himnica de los *benditos perdedores* y, sustantivamente, una exaltación de los ángeles urbanos cuya patria es la noche. Divide el poeta su libro en tres habitáculos. En el primero, *Los inmortales*, se refiere a prototipos humanos, metáforas del hombre a pie de calle, elucubradas ya desde el tópico de los hijos de la noche (*Hasna, Aullidos, Nada te pido*), ya desde la historia como parábola (*Justiniano, en presencia de Procopio, evoca a Teodora en un club de carretera*) o ya desde la propia ilusión literaria (*Álvaro de Campos y Fernando Pessoa exponen a Ofelia de Queirós las opuestas razones de sus vidas*). En el segundo, *Las estancias*, se nombran y refieren lugares y escenarios donde finge sus sueños el sujeto pasivo de estas revelaciones: las calles, el metro, el *nigh club*, el café-jazz. Y el tercero, *Las voces*, se ocupa de la conversa-

ción que no pide presencia, de las breves palabras que la cibernética propaga, de la comunicación de los incomunicados: *SMS, escrito en un blog, línea erótica, mensaje en el contestador de Alfonsina Storni*.

El latido verbal de José Iglesias adquiere en este poemario un rigor hacia el que no ha dejado de volar desde su primer libro. *Cada palabra es un prejuicio*, afirma Nietzsche en uno de sus geniales aforismos. Sí, así es en este poeta: el prejuicio de quien toma partido por el amor, la fortaleza del débil, la ira del manso, la compasión del que ha meditado, la máscara del poeta que un día lejano vivió una fe. También es de Nietzsche aquello de que *toda palabra es una máscara*.

Quiero subrayar con alguna extensión dos poemas de este libro refiriéndome seguidamente a ellos de modo singularizado, sin que de esta elección se derive otra cosa que mi particular y lícita predilección.

El primero, *Justiniano, en presencia de Procopio, evoca a Teodora en un club de carretera*, es una formidable parábola dotada de una espléndida arquitectura estrófica que reparte los tiempos en un equilibrio mágico, generando plusvalía expresiva con un rigor casi matemático. Es resultado de una palabra rigurosa, una adjetivación subjetiva, una gradación ascendente en las anáforas. El monólogo turbio del espantajo y sus inútiles interrogaciones nos ciegan toda respuesta. Prejuicio y máscara: la palabra. ¿A qué recurrirá el poeta para reconducirnos a un espacio libre de culpa? Y el poeta introduce a un actor secundario que, tal vez, acaba erigiéndose en el protagonista del poema: el barman. El fragmento que atañe al barman en este poema es, a mi juicio, de lo mejor que ha escrito José Iglesias.

El segundo poema se titula *Café-jazz*, una perturbadora cinematografía de la soledad en blanco y negro donde este poeta de henchida soledad y palabra nunca en vano afila la mirada y aguza el oído declarándonos que la soledad es un estado y no una ubicación, que puede uno estar solo en medio de los demás, atrapado en sus espejos, misántropo de sí propio y en permanente espera. Sale, entrada la noche, a dar fe de la desesperanza pura y dura donde anidan las risas, las palabras, el tintineo de los vasos, la densidad del humo, la voracidad del turgorio, la semiluz de quienes no quieren ver. Y el jazz. De los pies a la cabeza el poeta se inunda del *líquido cristal en la ciudad impura* y vierte todas las soledades en tercera persona de manera que toda posible salida sea una mera especulación. Donde no hay salvación para el tercero, ni el tú ni el yo han de escapar indemnes. El texto que nos ofrece es descarnado y letal. Descreído y, al tiempo, fedatario de no sé qué ritual *quasi* religioso. Nos hace participar en la musical premonición de *una muerte irremediable/que aguarda al corazón desamparado* para, después de todo, regresarnos a la orfandad de la calle muerta y fría, a deambular la *sombra de Dios*, la negación, la noche. Hay no obstante en este inmisericorde poema (cruzado a veces por ráfagas de luz inesperadas, tal el brillo de la antracita, del azabache, que seguirán negros tras el casual resplandor) un punto o nexo o *leitmotiv* ajeno al nihilismo circundante, un inocente ambientador de la desordenada noche urbana: la música de jazz. De esta música nos dice el poeta

que *moja los sexos* del mismo modo que moja la nostalgia, que no es desesperanza sino saxofón, trompeta o piano –¿furioso?– que deja *que el alma se eleve como el humo*.

Carne en ebullición y espíritu elevándose. ¿Qué puente ha de unir tales disparidades sino la música? El jazz, cuya patria y residencia literaria pudiera ser el cine en blanco y negro, es improvisación y virtuosismo a partir de células rítmicas reiterativas introducidas por la percusión. El jazz se aviene de mala gana a la partitura escrita y estructurada, del mismo modo que rechaza el orden severo de la sala de conciertos y la disciplina de una batuta directora. El jazz no es interpretado por orquestas sino por bandas. Y su carácter libre y escasamente especulativo permite su vuelo feliz en un solo instrumento solista, lo que sin duda le asocia a la música representada por las *partitas* de Bach.

Un solitario ha escuchado el saxo del negro en un café a altas horas de la noche, en un ambiente irrespirable de humo y soledades no buscadas. Ha apurado su ginebra y ha mirado al músico antes de dejar en la húmeda barra un billete de 20 euros. Ha entornado los párpados para atrapar la música y no pensar. Luego ha buscado la calle para diluirse en la noche y, tal vez, llorar sin testigo. La música le ha acompañado hasta la que él cree su casa y se ha tendido junto a él en la cama que él cree suya. El poeta se ha sentido *alter ego* del solitario –el poeta siempre, siempre es un *alter ego*– y ha puesto letra y música a esta historia.

He tomado como ejemplo estos dos espléndidos poemas pero el libro entero rezuma parecida intensidad (léase, por ejemplo, *Hasna*, donde parece haber escudriñado el grado de compasión de cada palabra antes de utilizarla).

Los ángeles urbanos han sido largamente verbalizados y sin duda lo seguirán siendo en el futuro. Son muy materia poética. La ciudad es el paraíso laico donde hallan asilo los ángeles caídos tras haber apostatado del fraude de las estaciones y escupido la impostura de las tradiciones sagradas. José Iglesias Benítez, que llegó a Madrid un ya lejano día desde la alta luz de Tierra de Barros, lo sabe bien porque él mismo es uno de esos ángeles. Y llena la honda noche urbana y nuestras soledades de puro resplandor con la plenitud de su poesía. REVELACIONES es poesía de rango superior. Para su autor, un libro decisivo y referente; para el lector, un libro a frecuentar.

Y ahora, más como amigo que como glosador, permíteme, querido José Iglesias, decirte aquí las palabras que te escribí hará cerca de dos años a las que dí forma de soneto. Como quise que fuera un soneto singular, convertí los endecasílabos en dodecasílabos y la exquisita forma petrarquiana con la que Garcilaso nos llevó al paraíso en la no menos exquisita y expresiva fórmula del Cisne de Avon. Va por ti y para ti.

Al poeta José Iglesias Benítez

**¿Dónde encontrar la luz ceñida al muro  
que supo detener adobe y tiempo?**

**(José Iglesias Benítez)**

El tiempo es al alfanje de la mirada  
cercenado horizonte de la utopía,  
paraíso perdido donde solía  
demorarse tu boca predestinada.

No luz ceñida al muro, luz liberada  
érais tú y tu palabra, tu voz sabía  
el pulso de los nombres y decidía  
qué alas, qué silencio, qué llamarada.

José Iglesias, hermano, dado te ha sido  
el verbo en su alcancía de barro y gloria;  
ábrela y gasta pródigo, que el olvido  
es sólo el *alter ego* de la memoria.

Pero ¿qué estoy diciendo? No, no la abras,  
que de vidrio en su vuelo son las palabras.

Madrid, 27/05/2008